

## *Eduardo Nicol: entresijos de una poética fenomenológica*

**Josu Landa**

**H**ay un párrafo, en el *Juan de Mairena* de Antonio Machado, que a lo mejor describe con más efectividad que todo un tratado la verdadera relación entre filosofía y poesía, en el siglo XX. Conviene reproducirlo íntegramente, porque no tiene desperdicio:

Algún día —dice Mairena a sus alumnos— se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar estos viejos milagros del pensamiento humano.

Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por ese declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos superlativos eleáticos. Y estarán frente a frente poeta y filósofo —nunca hostiles— y trabajando cada uno en lo que el otro deja.

Así hablaba Mairena, adelantándose al pensar vagamente en un poeta a lo Paúl [*sic*] Valéry y en un filósofo a lo Martín [*sic*] Heidegger.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Antonio Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. Ed., pról. y est. comp. de Pablo del Barco. Madrid, Alianza, 1981, p. 225.

Más allá de las sabrosas ironías con que el heterónimo machadiano salpica el talante más bien grave del poeta y del filósofo, la alusión explícita a Valéry y a Heidegger salva de toda duda el sentido de estas palabras. Al menos en la década de los años treinta de este siglo a punto de terminar —que fue cuando apareció el libro de Machado—, la irreversible perspectiva vanguardista en poesía evidenciaba una fijación en los más fríos hallazgos de la cultura de la época (incluyendo los de la filosofía). Son los tiempos de la entronización indiscutible de una gran poesía entendida como metalenguaje, una poesía para la que el lenguaje ha llegado a constituirse como su materia predilecta y que, por lo mismo, desdeña hasta donde puede las referencias fenoménicas, reales (sean éstas naturales o sociales).

Por su parte, al margen de la inexacta asociación que el singular maestro Juan de Mairena insinúa entre Heidegger y el existencialismo, también se trata de la época en que la premisa de un agotamiento del discurso filosófico, por obra de la llamada “metafísica tradicional”, induce al pensador alemán a indagar en la palabra poética las huellas del sentido del ser que dicho discurso ha dejado de lado. Desde luego, aunque en su precisa caracterización del estado de la poesía en un momento como el indicado, Mairena-Machado no pierde la compostura, es claro que la ironía reviste una desazón plenamente concordante con la poesía y el pensamiento del también autor de *Campos de Castilla* y otras obras poéticas de innegable valía. A su criterio, el posible y deseable acercamiento entre filosofía y poesía, lo mismo que entre ambas y el folclor —entendido en su sentido etimológico, es decir, como sabiduría del pueblo— y la paremiología, por ejemplo, no debe darse a costa de la desnaturalización de los referentes específicos de cada término de la relación. En concreto, es notorio que Mairena protesta contra el cariz ancilar que dicha relación adquiere en Heidegger. Dicho de otro modo, rechaza toda posible servidumbre de la filosofía con respecto a la poesía.

A su manera —y seguramente por caminos muy distintos a los de ese poeta que tanto parece haber conocido y disfrutado—, Nicol toma el mismo partido que Machado, en la medida en que emprende un notable esfuerzo teórico por liberar a la poesía de la servidumbre heideggeriana, admitiendo de entrada la diferencia de vocación —por ende, de intencionalidad— que separa a la palabra filosófica de la palabra poética. Por cierto —para decirlo de soslayo— éste es uno de los “activos teóricos” que habría que sumar a la cuenta de Nicol en su valiente y oportuno deslinde con respecto a Heidegger, si es que sus meticulosos discípulos y seguidores no lo han hecho todavía. También conviene señalar que Nicol no está solo en esa postura. Tan sólo en la órbita de la filosofía escrita en español —aunque desde puntos de mira, intereses y formas de trabajar distintos— le acompañan pensadores como María Zambrano y Ramón Xirau. Fuera de esa órbita, también se extiende y consolida la idea de que

la poesía acontece como un modo específico de la palabra, cuya consistencia se afianza en la medida en que afirma su peculiaridad dentro del mundo de lo simbólico. De ahí que, por ejemplo, un pensador de la literatura tan influyente como Paul de Man observe que “la poesía gana el máximo de su poder de convicción en el mismo momento en que renuncia a apelar a la verdad”.<sup>2</sup> Es decir —podría puntualizarse—, en la medida en que enfila a la palabra más allá de las lindes del sentido y desestima las dos expectativas o exigencias extremas que la filosofía, a lo largo de su historia, ha tenido con respecto a la poesía: la heideggeriana y la platónica.

Ciertamente, la conciencia nicoliana de la especificidad de lo poético permite aparejar su reparo contra el supuesto de la conveniencia de una servidumbre de la filosofía ante la poesía a una crítica aún más fuerte y pertinaz a la ancilaridad inversa: la de stirpe platónica —mucho más conocida y poderosa—, en virtud de la cual se le ha exigido a la palabra poética someterse a los intereses de la filosofía, consistentes en dar razones de verdad. La condena y el sobajamiento de la poesía y los poetas por parte de Platón también han sido, pues, objeto de un claro y acertado rechazo por parte de Nicol.

No es frecuente tanta claridad entre los filósofos —aun entre los más prestigiados e importantes— en punto al espinoso tema de la poesía, como la que ostenta Nicol. Desde luego, no se trata de una claridad aislada y gratuita. Dadas las características de la obra de Nicol y del lugar que en ella ocupan ciertos capítulos de sus libros más importantes, junto con los artículos que integran *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, así como algunos de los que contiene el volumen *Ideas de vario linaje*, salta a la vista que si al pensador en referencia le interesa el asunto ello se debe, cuando menos, a dos razones complementarias, cada cual más importante, de cara a estos tiempos de confusión general. Dichas razones son la idea que Nicol tenía del trabajo filosófico y la voluntad de sistema que inspira y sostiene a dicho trabajo.

La idea de la filosofía que defendió y ejerció Nicol —y esto, por supuesto, no es un descubrimiento— es inconfundiblemente clásica en lo que tiene compromiso con la verdad, con la razón y con el sentido de sistema, de visión unitaria y global de la realidad. Pero también lo es en lo que comporta de una insoslayable atención a los asuntos concernientes al arte y, concretamente, a la poesía. La mayoría de los pensadores griegos más influyentes se sintieron obligados a dar razones acerca de lo poético; y, por fortuna, hoy día, entre los filósofos y los historiadores de la filosofía, así como en los buenos lectores aficionados a textos filosóficos, viene privando una imagen de Platón y Aristóteles —póngase por caso— según la cual estos pensadores son tan intere-

<sup>2</sup> Paul de Man, *Alegorías de la lectura*. Trad. de Enrique Lynch. Barcelona, Lumen, 1990, p. 63.

santes por lo que dicen sobre poética y retórica cuanto por lo que proponen acerca de ontología, ética o política. Así que uno de los eslabones que vinculan a Nicol con los filósofos clásicos es la conciencia de que un *corpus* de razones que dé cuenta del mundo debe considerar inevitablemente el hecho poético, en la acepción más amplia —esto es, etimológica— del adjetivo.

Lo antedicho no significa que la actitud y el pensamiento de Nicol acerca de lo poético se inscriban exclusivamente en el ámbito de problemas y tesis que se plantean en las obras de los filósofos de la Antigüedad. Al contrario, en los textos en que aborda el tema, Nicol deja notar, por ejemplo, la impronta de las tesis kantianas acerca de lo bello y lo sublime, tal vez por efecto de la lectura directa del autor de *Crítica de la facultad de juzgar* o del diálogo con el Cassirer de *Filosofía de las formas simbólicas*, a quien conocía bien. Es lo que se observa en pasajes como éste, donde afirma lo siguiente: “Lo cierto es que alcanzamos a la poesía cuando la gozamos, sin el recurso de un método. Entonces estamos ‘dentro’: sin luz de entendimiento, pero con posesión auténtica”.<sup>3</sup> En general, puede afirmarse, además, que en la alta —más bien justa— valoración de la poesía que lo distingue, Nicol aparece como tributario de la actitud que sobre el tema distinguía a los grandes idealistas alemanes y a los pensadores imbuidos en el imaginario romántico.

Entre las tesis aceptadas por Nicol, que sugieren este influjo, está la que sostiene que la poesía es transformación de la realidad. No se trata por fuerza de una identificación teórica plena, sino actitudinal. No es que, por ejemplo, Nicol aceptara a pie juntillas tesis como las de Schelling, sino que asumiera su actitud de respeto y dignificación incondicionales de lo poético. Actitud que compartirá con Heidegger, hasta donde se lo permite el extremismo poeticista del alemán. También se hallan claras resonancias del expresionismo, principalmente por vía de uno de sus pensadores de referencia, como lo fue Husserl —en especial, el de las *Investigaciones lógicas*.

En las coordenadas que delimitan y estructuran el sistema filosófico concebido por Nicol, la poesía remite en último término —vale decir, en términos ontológicos— a su metafísica de la expresión y, concretamente, a sus tesis acerca del hombre como ser de la palabra, como ser de la expresión. Ahora bien, donde Nicol aborda con más precisión y profundidad lo que él mismo denomina “*factum* poético” es en esa “luz tardía” —y, por lo mismo, inevitablemente madura— titulada “Filosofía y poesía. El problema de la *y*”, artículo publicado por primera vez en 1985. Justamente, por mor de la anotada sistematicidad del pensamiento de Nicol, se aprecia un *continuum* que liga a

<sup>3</sup> Eduardo Nicol, “Filosofía y poesía. El problema de la *y*”, en *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1990, p. 116.

las ideas concernientes a la metafísica de la expresión con las relativas a la vocación del hombre, a la inutilidad, gratuidad y erotismo de la palabra poética, etcétera.

En esa ontología de la expresión, así como en su pensamiento sobre el misterio del verbo y en sus derivaciones en torno a la palabra sublime —esto es, en torno al misterio, igualmente, de la palabra poética— se cimienta la teoría nicoliana de la poesía. Ese tándem discursivo es el punto fuerte de la audaz aventura nicoliana de pensar la poesía, pero también tiene visos de ser la base de sus dimensiones más cuestionables y dudosas.

Es su punto fuerte, en la medida en que le permite a Nicol fundar una de sus tesis centrales en punto a poesía; a saber: que la poesía enriquece el ser. Esto merece detenerse en algunas explicaciones adicionales: puesto que el hombre es el ser del sentido y, como tal, es el principal factor ontogenético, y dado que, asimismo, la palabra desempeña en ese proceso de ontogénesis un papel decisivo, se entiende que las creaciones poéticas, formas de manifestación del verbo, contribuyan a un crecimiento o a una ampliación de los dominios del ser —para emplear la fórmula de Santayana. La palabra por sí sola, en tanto que manifestación y proyección del ser, así como de la necesaria tendencia humana a la expresión, es ya una potencia de enriquecimiento de la existencia. Lo es más, aun para Nicol, en cuanto esa palabra tiene un carácter sublime, poético.

A partir de esa tesis ontológica concluyente —cuyo sentido básico aparece en el discurso nicoliano de maneras muy diversas—, Nicol puede derivar, en su momento, una teoría de la poesía en términos de una manifestación de la palabra que responde a una intencionalidad distinta a la que caracteriza a la palabra filosófica y cuya esencia viene dada por su total inutilidad y su gratuidad, así como por su raigal erotismo —es decir, por fundarse en un conato de amor, de entrega y donación al otro— y su honrosa condición de artículo de lujo. Así es como, por lo demás, la palabra más enriquecedora del ser que es la palabra poética —proveniente de la expresividad humana— opera, igualmente, como potencia de enaltecimiento del propio ser humano, no sólo en un terreno estrictamente estético, sino también ético y pedagógico.

Éstas no son, en realidad, tesis nuevas, pero el tratamiento que les da Nicol y, sobre todo, el modo como derivan de los componentes centrales de su sistema —en especial, los ontológicos y antropológicos— le asignan una innegable originalidad. Ya Sartre, por ejemplo, había descubierto que los poemas de Baudelaire “manifestent la gratuité de la conscience, ils sont totalement inutiles...”<sup>4</sup> Por su parte, la idea de que la literatura, y en concreto cierta poesía, puede desempeñar —y de hecho ha desempeñado— una función moral es

<sup>4</sup> Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*. París, Gallimard, 1975, p. 66.

tan antigua como la literatura misma. A decir verdad, el arraigo de esta última idea es tal que ni la era de la reproductividad técnica aplicada al arte —de la que dio cuenta por primera vez Walter Benjamin, con admirable lucidez— ni los esteticismos más radicales y audaces han podido infirmarla. Pues, como observa con sumo acierto Carlos Pereda, pese a todas las justas reacciones antimoralistas de cara a la literatura, “los poemas, las novelas, los cuentos, las obras de teatro, cuando nos importan de verdad, suelen tener persistentes influencias en la capacidad de juzgar”.<sup>5</sup> Al reabordarlas conforme a las premisas capitales de su filosofía, Nicol confiere un nuevo fundamento a especulaciones anteriormente registradas por otros grandes pensadores.

Ahora bien, sin escamotear en lo más mínimo el valor propio de los hallazgos de Nicol —a los que siempre habrá que reconocerles el difícil mérito de la coherencia dentro de su sistema de referencia— lo cierto es que también dan pie a ciertas objeciones teóricas de importancia.

Efectivamente, en el arduo trabajo de pensar la poesía, rigurosamente entendido por Nicol, hay aspectos que permiten presumir que no extrajo las consecuencias esperables de las premisas y postulados en que se sustenta la trama de su filosofía. A partir de lo que implica la ontología de la expresión, no habría sido teóricamente aventurado asumir como verdadero objeto de la reflexión una presencia concreta, una evidencia claramente intuible, como el poema, el texto con intención poética; y no arrancar desde la abstracción significada por la voz “poesía”, como lo hace Nicol, renunciando a uno de los requisitos del método fenomenológico. Abstracción que, por lo demás, rara vez se ocupa en elucidar Nicol, como cuando de pasada se refiere a ella como “una creación verbal formalizada y con tradición milenaria”.<sup>6</sup> Es posible que, aun cuando Nicol reconoce explícitamente la historicidad de la poesía, ese punto de partida abstracto le haya ocultado la radicalidad con que la historia ha actuado en los dominios de la actividad poética.

Hablar de poesía en abstracto exige poner énfasis en una comunidad esencial de entes —la de los poemas concretos; cosa que no se puede negar totalmente—, cuando fenómenos de consideración obligada, como las vanguardias poéticas, obligan a reparar más en lo que el universo de lo poético tiene de ruptura con la tradición (o sea, la historia) de la poesía, al menos en Occidente. Ciertamente, es difícil encontrar rasgos comunes entre la Iliada y un poema concreto de Pignatari. Así, empeñarse en subrayar en ese cotejo una comunidad de ser, de acuerdo con bases tan endebles, puede resultar teóricamente ocioso. Pero lo que más llama la atención en la decisión nicoliana de

<sup>5</sup> Carlos Pereda, *Sueños de vagabundos. Un ensayo sobre filosofía, moral y literatura*. Madrid, Visor, 1998, p. 137.

<sup>6</sup> E. Nicol, *op. cit.*, p. 117.

recurrir al prejuicio de “la poesía” y no a las cosas que forman el mundo de lo poético —en especial, los poemas singulares— es que no asume hasta sus últimas consecuencias algunas de las intuiciones a que ha llegado con anterioridad, en torno a la peculiar realidad del lenguaje, como aquella que registra en su *Crítica de la razón simbólica*, cuando sostiene que:

Sin materia no hay palabra. Pero la palabra no es materia. No existe en el hacer verbal la misma comunidad de género que mantiene la mesa con la madera, o la estatua con el mármol. [...] El *logos* tiene sus leyes propias. Parece que se corta en esta índole de acción libre el nexo dialéctico; pues no hay dialéctica sino donde hay comunidad de ser.<sup>7</sup>

Da la impresión de que, al proceder de esa manera, al tomar a la poesía genérica como punto de partida de la reflexión sobre el tema, Nicol prefiere dejar a un lado la “inmediatez del ser” que, según una de sus tesis ontológicas centrales, “es precisamente lo que debe tomarse en cuenta como principio y posibilidad de una metafísica de la expresión...”<sup>8</sup> Si, como él mismo advirtió, “el ser es dato” y “el ser es diáfano”,<sup>9</sup> no es fácil entender una “fenomenología dialéctica” de lo poético que no tome las manifestaciones singulares del fenómeno como objeto inmediato de la reflexión. Así pues, asumir como objeto del pensar a la poesía en general y no a los entes concretos que reciben el nombre de “poemas”, en comunidades culturales determinadas, es algo que sorprende en un pensador como Nicol, tan fuertemente comprometido con la fenomenología y anuente con la idea de que la historia toma parte hasta en las más mínimas manifestaciones del ser. Esa sorpresa aumenta, si se tiene presente no sólo su propia metafísica de la expresión, sino las concordancias que con ella tiene, por ejemplo, el Merleau-Ponty de *L'oeil et l'Esprit*, cuando proclama sin ambages que “on ne voit que ce qu'on regarde”.<sup>10</sup> Y más aún, si se considera que fuera del ámbito de la fenomenología e incluso de la filosofía, una mente aguda como la de Bergamín ha llegado a descubrir en la literalidad de la palabra en plan de poema la base de su realidad y de sus consecuencias estéticas y éticas.<sup>11</sup> O como la de Blanchot, quien reconoce que “le poéme

<sup>7</sup> E. Nicol, *La revolución en la filosofía. Crítica de la razón simbólica*. México, FCE, 1982, p. 256.

<sup>8</sup> E. Nicol, *Metafísica de la expresión*. México, FCE, 1957, p. 135. En lo esencial, Nicol mantiene esta idea en la edición de este libro, corregida y (cuantitativamente) disminuida, de 1974.

<sup>9</sup> E. Nicol, *La revolución en la filosofía*, pp. 163 y 174.

<sup>10</sup> Maurice Merleau-Ponty, *L'oeil et l'Esprit*. París, Gallimard, 1964, p. 17.

<sup>11</sup> José Bergamín, “Beltenebros. De la naturaleza y figuración fronteriza de la poesía”, en *Al fin y al cabo*. Madrid, Alianza, *passim*, pp. 196 y 197.

—la littérature— semble lié á une parole qui ne peut s’interrompre, car elle ne parle pas, elle est”.<sup>12</sup>

Por lo demás, las consecuencias del vanguardismo del último siglo y cuarto, en poesía, ponen en severo entredicho toda premisa esencialista acerca de lo poético, justamente porque sólo en un sentido (ontológicamente) figurado sería posible hablar de una sustancia objetiva y universal designable con el vocablo *poesía*. Lo propio de los modos de darse la palabra con intención poética en el momento histórico señalado es la disgregación, la dispersión, la quiebra de los géneros y las especies, en virtud de una textualidad que en cada concreción singular se juega su hipotética o eventual condición poética.

Al asumir a la poesía en abstracto como objeto de su reflexión y al no advertir las consecuencias radicales de la instauración irreversible del espíritu de vanguardia en el mundo de lo poético —error que también se debe imputar a pensadores como Heidegger—, era lógico que Nicol continuara siendo fiel a su perspectiva esencialista; concordante, por otra parte, con el ya señalado clasicismo de su pensamiento. La pregunta por la esencia de la poesía —pregunta profundamente cuestionable, al contrario de lo que él cree— impele a Nicol a proponer tesis como la condición raigalmente erótica de la poesía. Tesis sin duda hermosa, que goza además del prestigio que siempre habrá de conferirle Platón. Sin embargo, se antoja más una teoría destinada a explicar el ímpetu humano a practicar la *poiesis* que a dar cuenta de qué es aquello que hace que determinado grupo de palabras sea poético, en un momento dado, a diferencia de otros conjuntos de palabras.

Por su parte, ese mismo esencialismo amortigua prácticamente hasta su anulación, las implicaciones teóricas de la justísima tesis nicoliana de que la poesía no tiene los compromisos con la verdad que le quieren endilgar Platón y sus seguidores —muchas veces inconscientes. Al tratar de encontrar en alguna realidad intrínseca a la palabra la esencia de la poesía, Nicol pierde de vista que el gran “misterio” de los procesos de realización de lo poético estriba en la renuncia o desistimiento de la palabra a operar como palabra, es decir, como entidad adscrita a un sistema determinado de sentido.<sup>13</sup>

Aunque parezca una aseveración demasiado cruda, todo sugiere que el poema, el texto poético, sólo es verbal en cuanto a su constitución material. El poema es un ente formado con una materia originalmente significante que suspende hasta donde puede la significación. El poema parece ser, pues, una

<sup>12</sup> Maurice Blanchot, *L’espace littéraire*. París, Gallimard, 1955, p. 31.

<sup>13</sup> Para no repetir aquí ideas expresadas anteriormente a este respecto, remito al hipotético lector al capítulo “El principio de transignificación” de mi libro *Más allá de la palabra. Para la topología del poema*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, pp. 159 y ss.

de las secuelas de cuando al lenguaje —como dice el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*— se le ocurre irse de fiesta. De modo, pues, que la correcta objeción nicoliana a la pretensión platónica de exigirle a la poesía dar razones de modo equiparable a como lo hace la filosofía, exigía ser ampliada hasta el cuestionamiento del supuesto de una condición significativa por parte de la palabra poética.

Los anteriores son algunos de los puntos en los que resulta difícil coincidir con la teoría nicoliana de la poesía. Las circunstancias de una glosa crítica como ésta impiden ir más allá. Ahora bien, las objeciones anteriores —cuya consistencia y validez teórica son también cuestionables— nunca deberán ser tomadas como la medida del rigor y del valor de uno de los pocos pensadores que, como Nicol, consideró un deber de filósofo pensar la poesía. Es necesario descartar la práctica antidialógica de calibrar la valía del pensamiento ajeno sólo por las coincidencias o desencuentros que pudiera tener con el propio. De por sí lo que Nicol logró avizorar —esto es, especular—, en el horizonte de la poesía, es un avance más que notable y de una singularidad estimable, sobre todo si se le pondera al socaire de su entorno filosófico. De hecho, tampoco sería un disparate afirmar que el pensamiento de Nicol acerca de la poesía está lejos de haberse cerrado. Al contrario, hay motivos para asegurar que es un sistema abierto, cuya continuación debería ser la “crítica de la razón poética” de la que habló el propio Nicol y que todavía espera a quien intente acometerla.